

sacrificarlo todo á la conviccion de una conciencia ilustrada, y abrazar la verdad donde quiera que se halle. No admitir esta asercion, es un absurdo, dice con razon el Conde Maistre : « porque en verdad, ¿qué cosa mas » extravagante ni mas contraria á un sér dotado de ra- » zon, se puede imaginar, que la profesion expresa y » anticipada de desechar la verdad si se presenta? Se » encerraria en un hospital de locos al que en las cien- » cias humanas tomase semejante empeño; ¿pues qué » nombre daremos al que lo hace respecto de las verda- » des divinas? Para qué todo hombre estuyese obligado » á conservarse siempre en la Religion en que ha nacido, » continúa el mismo autor, era necesario que todas las » Religiones fuesen verdaderas ó todas falsas. Lo primero » no lo puede decir sino un insensato, y lo segundo » un impío¹. » « Dios, añade nuestro respetable Padre, » no puede mirar con unos mismos ojos el error y la » verdad. El hombre criado á su imagen y semejanza, y » dotado de inteligencia, esta obligado á evitar el uno, » y buscar la otra. Cuando se trata, pues, de agradarle » y rendir homenaje á la verdad, no son justas las capi- » tulaciones con la conciencia; y el escándalo que resulta » de semejante accion es, dice san Gregorio Magno, un » escándalo tomado, no un escándalo dado. » Y bien, » hermana mia, ¿qué tiene que hacer aquí un vano pun- » donor en una materia en que va nuestra salvacion, y nos » constituye entre dos eternidades, una siempre feliz, y la » otra desgraciada? ¿entre penar siempre, ó siempre go- » zar? ¿Quién es tan insensato para vacilar en esta alter- » nativa? El hombre mas apático y olvidado de sí mismo » no podria ser insensible. Ahora bien, hermana querida : » yo he descubierto y hallado la verdad en la Iglesia Ca- » tólica, Apostólica, Romana; ¿es mucho que me haya » impuesto y haya creído un deber mio el seguirla? Estoy

¹ Pero ¿y los que están de buena fe, como criados desde niños en las sectas? — No se trata, dice este mismo sabio escritor en la misma *Carta*, de saber lo que sucederá de un hombre que se cree de buena fe en el camino de la verdad, aunque realmente esté en el del error : mas todavía Dios le juzgará, y es cosa muy singular que tengamos tanto temor de que Dios no sepa hacer justicia á todo el mundo.

íntimamente convencida que he elegido la mejor parte ; y si la Divina Providencia permite que se suscite alguna duda en tu alma sobre la Religion que profesas ; si llegas á estudiar la que forma hoy dia todo mi consuelo y felicidad, no opondrás mas resistencia que yo á las impresiones de la gracia ; seguirás, como yo, la antorcha de la verdad, que te alumbrará con su divina luz y resplandor.

Voy ahora á los motivos de mi conversion : lo expondré lo mas sucintamente posible ; y si en esta breve exposicion hallas que mi estilo y mis pensamientos se elevan á veces sobre mi débil comprension, te advierto que entonces regularmente no seré mas que el eco de mi padre, ó de algun otro autor, cuyas palabras tendré cuidado de rayar, á fin de que no se crea algo de la esfera de mis conocimientos.

MOTIVO PRIMERO DE MI CONVERSION.

El ejemplo de mi Padre, y el de tantos Protestantes como diariamente vuelven al seno de la Iglesia Católica.

Pongo el primero el ejemplo de mi Padre. En efecto, querida hermana, ¿de qué peso no debia ser para mí? Dejo á un lado todo sentimiento natural, toda inclinacion para con el autor de mis dias : Dios me es testigo que ni uno ni otra han influido en mi determinacion : lo contrario ; ¡ ah ! ¡ cuánto siento hoy haberle manifestado tanta inflexibilidad, y cuán dulce me seria pensar que habia llevado al sepulcro por último consuelo la esperanza de mi conversion ! Pero no : aquel frio y seco *puede ser*, que oia salir de mi boca, aun la víspera misma de su muerte, que en mi interior era una repulsa formal, estará siempre clavado en mi corazon, y no se borrará de mi memoria sino con el último aliento de mi vida. El peso de su ejemplo, pues, ha podido por sí solo arrastrarme, y creo no negarás que era muy poderoso. En efecto, ¿qué faltaba á padre para poderme convencer? Absolu-

tamente nada : en dictámen de los hombres mas eruditos, él reunia cuanto es capaz de atraer la atencion, y conciliar respeto : ciencia, talentos, noticias exquisitas, trabajos, buena fe, un espíritu sincero y juicioso, madurez de reflexion, todo, todo. Inclinado, como él mismo lo dice, desde su mas tierna juventud hácia el Catolicismo, lo ha estado estudiando, digámoslo así, toda su vida : lo ha analizado punto por punto ; ha consultado los libros mas auténticos y mas aptos para ilustrarse sobre él. No contento con haber consultado en Francia, en Inglaterra, en Suiza, en Alemania, en Holanda las fuentes mas puras, ha querido examinar por sí mismo la larga serie de la Tradicion. En las diversas partes de Italia y principalmente en Roma, centro de la Unidad, y depositaria de las instituciones divinas, en esta ciudad eterna fué donde contempló, como en un vasto foco de luz, la verdad en toda su evidencia : con ojos observadores lo vió y examinó todo ; desde los monumentos mas antiguos que conservan en su vejez el sello de los primeros siglos de la Iglesia, hasta la última inscripción que recuerda la menor memoria religiosa ; desde esas ruinas amontonadas que hablan tan elocuentemente al espíritu y al corazón del que las examina, hasta las soberbias columnas que atestiguan al universo que Roma es y será siempre la ciudad de milagro ; y sus catacumbas, donde reposan generaciones enteras, y sus inmensas Basílicas, levantadas á la gloria del Dios tres veces Santo ; y las ceremonias y ritos, y los usos tan multiplicados de esta tierra clásica, todo, todo en una palabra ha contribuido á desengañar y abrir los ojos de mi Padre. Así es como él se ha convencido de la injusticia de las inculpaciones de los Protestantes contra la corte Romana. Ha reconocido en la persona del venerable Pontífice que reinaba entonces, el verdadero sucesor de *Pedro*, y Vicario, como él, de Jesucristo. Lejos de observar en él un tirano que oprima las conciencias, y que, segun miente la reforma, querria en su ambicion usurparlo todo, para dirigirlo todo á su voluntad, no ha visto sino un hombre sencillo, modesto, manso, clemente, caritativo ; en una palabra, dotado de todas las virtudes. Y hé aquí, sin embargo, al que los Protestantes representan como el mas intolerante

de los Soberanos, cuando no muestra sino paciencia y resignacion en los trabajos, y del que hacen una especie de fantasma horroroso á los crédulos y sencillos, para sustraerlos y apartarlos de su autoridad paternal, é inducirlos á sacudir su yugo tan suave y tan ligero.

Sí, querida hermana mia, sí, en su último viaje á Roma fué donde mi Padre halló una amplia refutacion de las vanas declamaciones de los reformados. Por otra parte, ¿quién mejor que él ha podido conocer la falsedad de sus aserciones, igualmente que sus errores y paradojas? Ministro de dos grandes Iglesias, miembro de muchas sociedades protestantes, se ha visto en precision por su estado, de examinar y pesar en una justa balanza el pro y el contra de las doctrinas ; ha debido valuar hasta las instituciones mas minuciosas de las sectas de que hacia parte ; y despues de un paralelo exacto é imparcial, le era permitido sin duda el decidir. Los ministros mas respetables á los ojos de los protestantes, cuyos talentos y ciencia tienen entre ellos mas autoridad, todos han reconocido en mi padre un hombre capaz de ilustrar y aclarar las cuestiones mas difíciles y dudosas ; hallaron siempre en él todas las prendas que constituyen á un verdadero sabio, y lo acreditan así un sinnúmero de testimonios suyos que tengo á la vista. Luego mudando de Religion no dió un paso inconsiderado que se pueda tachar de ligereza ó de ignorancia : la fuerza de la verdad debió sola haberle decidido : luego yo tampoco me puedo engañar siguiendo su ejemplo ; y caminando por las huellas de un padre que inspiraba tanta confianza, he debido necesariamente entrar en el camino recto que conduce á la vida.

Si á su ejemplo añado el de tantos otros protestantes, distinguidos no menos por su clase que por su mérito personal, ¿cuánto mas prudente aun te deberá parecer mi vuelta á la Iglesia católica. ¡Ah! ¡y qué imponente te parecería esa nube de testigos, si los estrechos límites de una carta me permitieran citarlos todos.....! ¡y cómo me justificaria á tus ojos.....! Pero aunque me sea imposible recordarlos todos, te ofreceré sin embargo los bastantes para probar que he obrado con prudencia. Á fin de que no pongas en duda la autenticidad de mis citas, seguiré

en gran parte la nota de ellos que sobre el particular he leído en la obra de mi padre. Entre los protestantes convertidos que voy á nombrar, hallarás mas de uno á quien la reforma no podrá ciertamente acusar de ignorancia, de simplicidad ó de locura; palabras vagas é insignificantes, que ella prodiga con tanta complacencia, y aun calor, á cuantos la desamparan por buscar en otra parte la verdad, que no hallan allí.

De los primeros se presenta el Conde Federico de *Stolberg*¹, célebre literato, quien despues de haber estudiado á fondo todas las comuniones disidentes, y sus mas hábiles controversistas, ha vuelto al seno de la Iglesia católica, y consignado los motivos de su conversion en una obra muy apreciada en cuatro volúmenes, bajo el título de *Historia de la Religion de Jesucristo*, que ha sido leida con el mas vivo interés por los Luteranos y Calvinistas.... síguesele el príncipe *Ulrico de Brunswick*, quien en 1798 motivó su abjuracion en otra obra igualmente estimada en los dos partidos.....; el baron de *Starck*, sabio muy distinguido y presidente del consistorio luterano de Hesse-Darmstadt que ha publicado una defensa del catolicismo, muy propagada entre los protestantes, y á quien la muerte sola ha impedido hacer una profesion publica de la fe católica². Por otra parte

¹ Fácilmente se conocerá habla la autora de los Protestantes hoy en dia convertidos, y no de los tiempos anteriores: entre estos no podemos menos de recordar al célebre *Antonio Ulrico de Brunswick*, autor de las *Cincuenta razones* que le habian movido á abjurar el Protestantismo; opúsculo sumamente apreciable, que ya se publicó entre nosotros en latin con notas por el señor *Hordeñana*, Canónigo de la colegiata de Jerez de la Frontera, el 1760; y en castellano el 1767, por don Pedro de Castro, Canónigo de Málaga, y un compendio ó resumen de ellas al frente de la *Historia de las Variaciones*, por don José Miguel Fernandez; el eruditísimo *Mozzi* le ha traducido al italiano en estos últimos tiempos con notas interesantes.

² Seria de desear que esta obra de *Starck*, conocida con el título del *Banquete de Teodulo*, ó *Conversaciones filosóficas sobre la reunion de las Comuniones Protestantes*, fuese mas conocida entre nosotros: toda ella es un tejido de testimonios irrefragables del miserable estado en que se halla el protestantismo, del cual no

se ofrece uno de los mas acreditados autores dramáticos de la Alemania, *Werner*, el cual no solamente abjuró los principios de la reforma, sino que, deseando expiar su demasiado largo error, y sobre todo el funesto crédito de su tragedia *El Lutero*, se dispuso por el silencio y la austeridad del claustro á recibir los órdenes sagrados: con esté se unen *M. Tilt*, Sacerdote anglicano, convertido por los milagros del príncipe de Hohenlohe: su esposa¹ le habia ya precedido en su profesion; el sabio *Schlegel*; el Conde de *Senff*, de una de las primeras familias de Alemania; la Condesa su esposa, y su hija..... De otro lado se llega el *Duque de Sajonia Gotha*, pariente muy cercano del Rey de Inglaterra, con el cual mi Padre tuvo la satisfaccion de orar á Dios en Roma el 1817 en la capilla irlandesa de san Patricio; mas allá se dejan ver el célebre *Pablo de Latour*, pastor de la Iglesia Protestante de Bordes, Presidente del Consistorio de Mas-de-Azil², y que habia fundado en Tolosa la primera Iglesia Protestante: el Cardenal Clermont-Tonnerre recibió su abjuracion en 1822; *M. Gaches*, juez de instruccion publica, y magistrado distinguido en el distrito de la Audiencia de Nimes; Madama de S. Hipólito y sus dos hijas; esta señora, que vive en Mompeller, goza de la mayor estimacion como esposa y como madre; y la dulzura de su trato y agrado de su conversacion, corresponden á sus virtudes, á su modestia y á su piedad³. Terminaré este cua-

ha quedado ya mas que el nombre, habiendo pasado sus Ministros y escritores á un Deísmo ó Naturalismo vergonzoso, sin creer dogma alguno, ni la Trinidad de las Personas, ni la consustancialidad del Hijo, ni la divinidad de Jesus, ni el pecado original, ni mas moral que la de las pasiones: para ellos *tener una sola mujer en el matrimonio y la prohibicion de consorcio entre dos dos sexos fuera de él, son restos del Monaquismo; y el goze de los placeres sensuales como sean moderados por el amor, no son mas inmorales fuera del matrimonio que en el mismo, etc., etc., etc.* Van hechas ya seis ediciones.

¹ Recordamos á los sencillos, que los Sacerdotes Protestantes son casados: los Sectarios, hijos de un padre por lo comun impúdico, no podian apreciar la virtud limpiísima de la castidad.

² Véase su retractacion al fin de la *Carta de Laval* en este mismo tomo.

³ El Duque reinante de Anhalt Coethen, y la Duquesa su esposa,

dro por un ejemplo cuya fama habrá sin duda llegado hasta tí, y que ha resonado en toda Europa: quiero hablar del célebre Carlos Haller, quien parece haber dado la señal del apuro y angustia que reina entre los Protestantes. Este escritor distinguido, heredero de un nombre ilustre, al que ha añadido el esplendor de sus virtudes, de su erudicion y de sus trabajos literarios, Senador y miembro del Consejo supremo de Berna, dió algunos años há el ejemplo de un amor y sacrificio sin límites á la verdad. Convencido por sus estudios y por sus investigaciones de que la Iglesia Romana es la verdadera, lo ha sacrificado todo al deber de su conciencia, y se ha hecho Católico. He tenido el consuelo y la dicha de que fuese testigo de mi abjuracion; su presencia me confirmaba tambien mas en mi resolucion. En fin, querida hermana, en todas las clases de la sociedad en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Suiza, parece que en el partido Protestante se hace una especie de revolucion que concurre admirablemente al triunfo de la verdad. Jamás han sido tan frecuentes las conversiones, ni tan notables como en nuestros dias. En el momento mismo en que escribo esta, tres hermanos de una familia ilustre se preparan en secreto á su abjuracion. Despues de todos estos

en el viaje que hicieron á Paris el 1825, hicieron tambien su abjuracion en manos del Arzobispo de Paris; y por un edicto público lo han comunicado á sus vasallos. * A todos estos se pudiéran añadir la princesa de Holstein-Beek, Baronesa de Richraff, y la Condesa de Goert, que há pocos años abrazaron la Religion Católica; al principe Enrique Eduardo de Schoenbourg Waldenbourg, viudo de la princesa de Schwartzemberg, que el 1823 entró en el seno de la Iglesia; á la Archiduquesa Carlota, princesa de Nassau; á Madama Karstner de Angenstin; á M. Koehler de Nuremberg, Vice-rector de las escuelas de Neustadt sobre el Aisch, á quien habian ya precedido otros dos hermanos, el uno de los cuales se ha consagrado al estado Eclesiástico: el Condé de Spiegel, en Bona: M. Ernesto de Gagern, hermano de un hombre muy distinguido por sus talentos y destino: Carlos Fleischer, literato acreditado en Francfort, que despues de su conversion ha traducido la refutacion de una obra Protestante: ejemplos que fueron seguidos el 1824 por dos sabios profesores, uno de la Universidad de Bona, y otro de la Academia de Dusseldorf, y otros varios. (Véase el *Memorial Católico*, octubre de 1824.)

testimonios, que no puedes poner en duda, y de tantos otros, cuyas listas solas, dice el Conde de Maistre, forman volúmenes enteros; juzga si he obrado imprudentemente en abandonar la Reforma por abrazar la Religion Católica, ó mas bien dime, si no he seguido todas las reglas que dicta la prudencia. No he podido, lo confieso ingenuamente, resistir á tanta luz; y no sé como los Protestantes no se rinden á tanta evidencia¹: es imposible que estén de buena fe en su creencia; necesariamente la duda debe agitar su alma, á menos que, entera ó voluntariamente ciegos, cierren los ojos al sol de la verdad que los cerca por todas partes con sus rayos. Yo me he visto casi obligada á despertar de mi letargo; ¿y quién sabe, hermana mia, quién sabe si el ejemplo que te doy será para tí y para todos los que te amamos una señal de salud, como el de mi Padre lo ha sido para mí? « Millares me han precedido, dice M. Haller, y millares me seguirán. » Y la experiencia de todos los dias confirma esta asercion.

MOTIVO II.

La poca conformidad que he notado siempre entre los Protestes sobre los diversos puntos de su Religion.

Ya há mucho tiempo que habia llamado mi atencion este flanco del Protestantismo; pero no por eso me habia ocurrido jamás que yo mudaria de creencia. No es necesario, amada hermana mia, revolver Bibliotecas, ni ponerme á copiar índices de algun autor Católico, para hacerte notar este defecto del Protestantismo: en nuestra propia familia halló yo una prueba de hecho que seguramente no desecharás. En la época en que estábamos

¹ Háblase aqui de los Protestantes instruidos que se hallan en estado de juzgar por si mismos de las cosas; y no de esa multitud de ignorantes, poco acostumbrados á reflexionar, los cuales son Protestantes porque lo fueron sus abuelos; y ni saben lo que es el Protestantismo, ni se cuidan tampoco de saberlo.

todos reunidos en Inglaterra, ¡cuántas diferencias no nos distinguían en nuestra manera de profesar la Religión! Bajo la denominación de Anglicanos, realmente pertenecíamos á tres sectas diferentes; y nuestro culto y usos peculiares de adorar á Dios demostraban cuán diferentes eran también nuestras opiniones religiosas. Entre las personas que tratábamos, aun de nuestros amigos, sucedía lo mismo.... ¿Y es posible, di, que sea esta la Religión revelada, aquella que viene de Dios, y Jesucristo ha establecido por sí mismo? No creo tengas valor para decirlo: el Dios de toda verdad no puede negarse á sí mismo; enseñar á un tiempo el sí y el no: y si tú sostienes que estás en el camino recto, los Protestantes, que tienen otra creencia que la tuya, no pueden estarlo; y lo mismo digo de ellas respecto de tí: porque, en fin, vosotros no estais de acuerdo en vuestra creencia, no teneis centro alguno de unidad, y por el hecho mismo estais divididos: siendo la verdad una é indivisible como su Autor, no puede hallarse á un mismo tiempo en dos partidos opuestos, mucho menos en veinte, treinta, cuarenta, etc. Ya ves que no es necesario tener grandes conocimientos para comprender cosas tan fáciles, y percibir las bajo su verdadero punto de vista. Todas estas son reflexiones bien sencillas, que yo he ido perfeccionando durante el curso de mis instrucciones. Mas por si tú quieres autoridades mas respetables, voy á citar dos que no pueden menos de hacerte impresion. La primera es nuestro digno padre. Mira como se explica en el Prefacio de sus *Cartas sobre la Italia*.

«Una razon particular, dice (pág. 15), me ha movido á publicar estas Cartas, y es el ardiente y vivo deseo de unir á los Católicos y los Protestantes por el suave vínculo de una misma fe y una misma esperanza, que encendiesen recíprocamente en su corazón el fuego divino de la caridad. De mucho tiempo acá tengo fijos mis ojos sobre el estado actual del Protestantismo, y he visto, con profundo dolor, que las numerosas comuniones de que se compone están mas divididas que nunca. No se puede ya ocultar á ninguno que las doctrinas de Lutero y de Calvino se han disuelto en el Continente en un Socinianismo, en un Deísmo

» sùtil, en un Racionalismo puro; y esta es la herida mas profunda que puede afligir á una multitud de personas sinceras, que han sido educadas en los principios de uno ú otro de estos dos Heresiarcas. No há mucho que me lo confesaron así varios señores Protestantes: no saben ya á que atenerse; no hay la menor uniformidad en sus creencias respectivas, ni formulario siquiera de confesion de fe. Una metafísica incomprendible ha usurpado é invadido el dominio de la Religión, y ya por la diferencia de sus cultos, ya por la falta absoluta de dogmas ó de artículos de fe, pueden distinguirse estas comuniones disidentes de la Iglesia Católica, la cual es inseparable de la Unidad que reposa sobre sí misma, y se mueve siempre en un centro comun.... Por lo que hace á la Inglaterra, el carácter del pueblo está hoy bien lejos del Escepticismo; tiene horror á la incredulidad; se ve asaltado de un entusiasmo religioso, y se pueden contar casi tantas sectas diferentes, como familias hay en la nacion. Si de las Islas Británicas pasó á la Alemania Protestante, hallo acaso tantas opiniones diversas sobre los dogmas y el culto, como son Consistorios, Parroquias y Pastores.»

Oye ahora como habla M. Haller á su familia en la carta admirable, en que la ha dado á conocer su vuelta á la Iglesia Madre. «¡Ay! ¡qué deplorable mutación se ha obrado entre nosotros de treinta á cuarenta años á esta parte! Ya no hay creencia comun: cada uno se forma su religion particular, ó no reconoce ninguna: cada cual explica la Escritura á su modo, y segun su capricho, ó no la cree absolutamente: los mismos Ministros están divididos entre sí; ni saben lo que creen, ni lo que deben enseñar: el uno afirma por la mañana lo que el otro niega por la tarde; y estas contradicciones empiezan á hacerse sentir y chocar á los mismos legos; porque si los Pastores no saben el camino, ¿cómo podrán ni deberán fiarse las ovejas en su direccion? Para consolararnos, se llega hasta decir que la Religión se debe modificar y reformar continuamente, de modo que los que me censuran el haber mudado de Religion, la mudan ellos y varían todos los dias. Confieso que me es imposible vivir en esta anarquía, en la cuál no veo sino el carácter

» del error, y todo lo contrario de lo que es y debe ser
 » una sociedad religiosa : mi corazón amante necesita
 » una cosa estable en que se fije, y yo no la hallo sino
 » en la Iglesia Católica, la cual tiene el carácter de inmu-
 » tabilidad que se ve estampado en todas las obras del
 » Criador. »

Por poco que se reflexione sobre esta movilidad é inconstancia de opiniones y de doctrinas que reina entre los Protestantes, ¿ se puede de buena fe no reconocer en ella el carácter del error, especialmente cuando se llega á comparar su Religión con la de los Católicos? El principio sentado por el reformador Lutero, de *que todo hombre racional es intérprete nato de las Escrituras* ¿ no hiere de muerte á la reforma, introduciendo en ella esa variedad de sentimientos opuestos, que se chocan y contradicen mutuamente, y acaban por detruirse? Y en esta anarquía, en medio de este conflicto y choque de todas las creencias, ¿ cómo ha de quedar inmóvil espectador un corazón piadoso? Esto es imposible á todo espíritu recto, á quien la simple duda comienza á alterar y

1 Juan Jacobo Rousseau, impío como era, se burla completamente de los Protestantes con motivo de su división sobre los diferentes puntos de su doctrina. Hé aquí como habla de esto en *las Cartas de la Montaña*: « Son en verdad gentes singulares vuestros Ministros : ni se sabe lo que creen, ni lo que no creen; ni aun lo que dicen creer : el único modo de ostentar su fe, es impugnar la de los demás. » — Y en otra parte : « Los reformados de nuestros días, á lo menos los Ministros, no conocen ó no aman su Religión. Con su furor de sutilezas y de intolerancia, ni saben lo que creen, ni lo que quieren, ni lo que dicen : se les pregunta si Jesucristo es Dios, no se atreven á responder : se les pregunta, qué misterios admiten; tampoco. » — Rousseau conocía tan bien la necesidad de este centro de Unidad que hay en la Iglesia Romana, que no temía hacer una confesión, que debe confundir á los Protestantes, y que en verdad no tiene réplica. « Pruébeseme hoy, dice en estas mismas *Cartas de la Montaña*, que en materia de fe estoy obligado á someterme á las decisiones de alguno, y mañana me hago Católico; y todo hombre consiguiente y sincero hará lo mismo. » Se ha probado, y se prueba aun todos los días á los Reformados, que en materia de fe existe una autoridad, á la que es necesario someterse : ellos lo saben muy bien, y sin embargo quieren ser sus propios árbitros y jueces : ¡ qué inconsecuencia !

conmover; y hé aquí, en segundo lugar, lo que ha determinado mi conversión.

MOTIVO III.

Novedad de la Religión Protestante, que tiene por fundadores dos hombres igualmente escandalosos : Lutero y Calvino.

Cuanto mas antigua es una institución, tanto mas respeto y veneración se merece, y se concilia é impone mas autoridad. Los siglos que han pasado delante de ella ó por medio de los cuales ha atravesado, son otros tantos testigos de su integridad. Fuerte en su ancianidad, señorea los espíritus, los manda y somete á su influencia. Por el contrario, cuanto mas nueva y reciente es, menos confianza inspira. Un sistema cualquiera puede adoptarse por el atractivo de la novedad, ó porque favorece la pasiones, y lisonjea nuestro amor propio; pero en breve, como fundado sobre arena movediza, vacila, bambolea en sus bases, y últimamente viene á desplomarse: su caída es como un rayo de luz que disipa las tinieblas de que estaba rodeado, y hace ver el vano fantasma que fascinaba los ojos. Apliquemos este razonamiento, hermana mia, al Protestantismo. ¿ Qué certeza, qué confianza puede inspirar, ni dar á sus secuaces? ¿ dónde estaba en el siglo XV? ¿ dónde se hallaban sus escuelas y sus doctrinas? ¿ quién le profesó antes de Lutero y de Calvino? y antes que el espíritu de insubordinación se apoderase de estos dos heresiarcas, cuando ellos, siguiendo la voz de su conciencia, vivían aun en el cumplimiento de sus obligaciones, ¿ qué enseñaban, qué dogmas creían, sino los de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, tales como está los habia recibido de su Fundador? ¿ Con qué eran Católicos; antes que se hiciesen Protestantes!..... ¡ Con qué creyeron lo que negaron despues de su cisma!..... Y porque sus errores se hayan propagado, á pesar de los anatemas de la Iglesia; porque su secta haya encontra-

do partidarios, que á ejemplo suyo, no tenían mas fin que adquirir una escandalosa reputacion, ¿deberemos por eso precipitarnos con ellos en el abismo, y creer que es deshonrarse abandonar sus sendas extraviadas, y abandonarlas para volver al camino trillado dos mil años há, y seguido por todos los hombres eminentes, así por su clase, como su dignidad, sus luces y talentos que ha habido en este tiempo?... *De ayer sois*, decia Tertuliano á las sectas que impugnaba en los primeros siglos de la Iglesia; *sois de ayer*; y esta sola palabra ha bastado para destruirlas y aniquilarlas. La misma puede con igual razon dirigirse á la *Reforma*. ¿Y que podrá responder? ¿Cuáles son sus títulos y derechos á nuestra creencia? ¿de dónde ha venido? ¿cuál es su origen? ¿dónde está su principio? — Aquí no puedo menos de avergonzarme, ó hermana, al pensar en esos dos hombres escandalosos que tuvieron la imprudencia de erigirse en reformadores de las santas doctrinas, *Lutero* y *Calvino*. El uno, fraile apóstata, manchado con los vicios mas vergonzosos, que despreciando las leyes divinas y humanas, huella los vínculos mas sagrados para dar públicamente el ejemplo de una depravacion hasta entonces inaudita, casándose con una monja apóstata que habia pervertido; que sacudiendo osadamente el yugo suavísimo de la obediencia debida al vicario de Jesucristo, absuelve á sus secuaces de su juramento de fidelidad, para erigirse él en déspota y tirano de sus conciencias, persigue de muerte con sus castigos y sarcasmos á los que osan resistir á sus soberanos caprichos; sucesivamente se burla de los Papas y de los Reyes, á los cuales prodiga, hasta causar náusea, los mas obscenos y asquerosos sarcasmos y bufonadas: hombre, en fin, vano y presuntuoso, que de nada duda sino de su locura y extravagancia..... El otro, no menos corrompido, pero mas impio, novador, inquieto y sedicioso, desenterrando del olvido y aumentando todos los errores propalados antes de él, duro, intratable, orgulloso y cruel; sin respetar nada, ni dogmas, ni moral, ni Religion; ridiculizando los misterios y denigrándolos; degradando al hombre y sus mas nobles facultades; privándole de la libertad, para someterle al capricho de una necesidad ciega..... Hé aquí los inmortales fun-

dadores de la Reforma; los dos grandes santos, á quienes nuestros ministros en particular ofrecen cada día su incienso, y cuyas doctrinas proclaman como infalibles. Dime, hermana, ¿puedes tú, puede ninguna persona de honor y modestia, dejar de mirar con el desprecio que tan justamente provocan sus excesos á estos dos Herejarcas? ¿y no es lo sumo de la irrision proponerlos como modelo y regla de conducta? Esto, mas bien que otra cosa, es locura, ó burlarse de la sencillez de los hombres: Ya no me admiro haya hoy tantas conversiones entre los Protestantes, ni de que los que se muestran mas pertinaces fluctúen á todo viento de doctrina, formándose cada uno una Religion conforme á sus gustos é inclinaciones, que al fin no será peor que la que han recibido de sus ilustres patronos; porque entre los pretendidos Reformados, ¿cuántos pastores, ministros y particulares hay, que no han dado uno solo de los escándalos con que se honraban Lutero y Calvino! ¿cuántos que pasan una vida irreprochable segun el mundo! Lo que únicamente me admira, y de que puedo hacerme á mí misma justas reconvenciones, es, como he vivido tan largo tiempo en una ceguedad, que mis observaciones habrian podido disipar fácilmente.

MOTIVO IV.

La unidad de doctrina en la Iglesia Católica, que subsiste hasta los Apóstoles, y que conserva intacta la fe que recibió de ellos.

Tan sospechosa como me ha parecido la poca concordia que reina entre los Protestantes sobre los principales artículos de su Religion, y ha contribuido á separarme de ellos, otro tanto he admirado esa unidad de fe; ese conjunto de principios invariables de que es única depositaria la Iglesia Católica. El carácter del error, dice mi Padre, no me acuerdo ahora donde, es la variabilidad. Al contrario, la verdad es siempre una; y tal la hallamos en el seno de la Iglesia Católica. Ya ha dos mil años que

se conserva inmóvil, fija, sobre la piedra que Jesucristo le dió por fundamento; todos sus títulos se conservan intactos, y constantemente dignos de nuestra veneración: una sola fe, un Bautismo, el mismo Jesucristo; hé aquí sus eternas columnas: de modo, hermana mía, que lo que los primeros fieles creían, eso mismo se cree hoy en todos los lugares de la Iglesia Católica. En París, en Roma, en Alemania, como en Inglaterra, en España, como en la India, los Católicos tienen todos la misma creencia. Pero lo más admirable de todo, y que particularmente ha fijado mi atención, es que el niño que principia á hacer uso de su razón, desenvuelta algún tanto ya por una educación cristiana, se explica sobre los misterios y Sacramentos tan clara y exactamente, y con la misma precisión que el doctor más consumado. Admirable efecto de la unidad, que fija todos los espíritus en los mismos principios, por los vínculos de la misma fe, de esta fe que sube hasta los Apóstoles por una cadena no interrumpida, y que se continuará hasta el fin de los siglos.

Es cierto que la Iglesia Católica ha innovado en algunas formalidades exteriores; que sus usos y ceremonias varían según los tiempos, lugares y circunstancias; que deja alguna cosa á los acontecimientos y vicisitudes humanas; pero todas estas formalidades, todas estas prácticas son una cosa accesoria que puede modificar á su voluntad, porque son enteramente distintas de lo que constituye el fundamento de la fe; y depositaria ella de la autoridad de su divino Fundador, le es permitido indudablemente establecer cuanto crea puede contribuir á la felicidad de sus hijos: nadie le negará este derecho, así como no se puede negar á un Monarca el de hacer leyes para gobernar sus súbditos, y variarlas á su voluntad, ó modificarlas según lo juzgue conveniente en su sabiduría. Pero en lo que toca y constituye la esencia de la fe, la Iglesia no puede alterar ni variar, y efectivamente nada ha mudado. La fe, lo repito, es inmutable; es un dominio, cuya propiedad se ha reservado Dios exclusivamente.

« Se debe con todo cuidado, dice mi Padre, y es necesario distinguir lo exterior, digámoslo así, de la Igle-

» sia, de lo interior todo espiritual que constituye su
 » esencia, y encierra el conjunto de verdades que abraza
 » la fe, la totalidad de los dogmas que el Cristiano hace
 » profesión de creer sobre la irrefragable autoridad de esta
 » Iglesia fundada por Jesucristo. Es constante que esta
 » sociedad espiritual, considerada en su interior, no
 » puede variar; que para ella no hay edades, ni ni-
 »ñez, ni vejez; que sus años no acabarán, y siglos nu-
 » merosos pasando delante de ella, no harán sino per-
 » feccionarla..... diferente en esto de todas las comu-
 » niones disidentes, cuyas variaciones perpetuas están
 » declarando en alta voz la ilegitimidad de su origen, y
 » le hacen presentir su próxima é inevitable decadencia,
 » porque no reposan sobre fundamento alguno sólido.»
 He podido, pues, abrazar sin temor esta creencia Católica, que se muestra hoy tan pura como en el tiempo de los Apóstoles, y como entonces, *Una* en su doctrina, en sus dogmas, y en sus misterios. Las borrascas y tempestades han pasado delante de ella sin arrancarle nada de su integridad. ¡Qué ascendiente, pues, no debe tener sobre los corazones, y cuán propia es para asegurar y tranquilizar las conciencias timoratas que no están adheridas ya á la Reforma sino por una especie de preocupación! ¡Ah! lo confieso; ella se ha enseñoreado de todas las potencias de mi alma; ¡bendito sea una y mil veces el día en que me fué dado hacer su profesión pública!

 MOTIVO V.

El espíritu de caridad de esta Iglesia que los protestantes acusan de intolerante, y que yo también había ¡ay! creído tal, durante largo tiempo.

Hoy que conozco á fondo, por decirlo así, á la Iglesia Católica, igualmente que el carácter de sus Ministros, no puedo concebir, hermana mía, como los pretendidos Reformados, que los conocían mejor que yo, osan mentir contra su conciencia, pintando como intolerante esta religión santa, cuyo primer precepto es la caridad, el